

spunkitsch



Leonardo Aguirre

Isla de
LIBROS

spunkitsch

Leonardo Aguirre

Spunkitsch



Spunkitsch

Leonardo Aguirre

Islade
LIBROS



@edicionesisladelibros

Spunkitsch

Primera edición electrónica en Isla de Libros

© Leonardo Aguirre, 2018

© Ediciones Isla de Libros, 2020

Carrera 5, 34-13, AP 101, Bogotá, Colombia

info@isladelibros.com

www.isladelibros.com

Dirección editorial: Álvaro Castillo Granada

Edición y producción: Ginett Alarcón

Retrato del autor: Miguel Mejía Castro

Logo Isla de Libros: Zilah Rojas

Diseño de cubierta: Nicolás Consuegra

Diagramación: David Arneaud

Conversión a libro electrónico | *eBook conversion*: Apex

ISBN 978-958-52645-6-4

CONTENIDO

[Los 9 principios](#)

[What's in a name?](#)

[El gato de Sumatra](#)

[See you later, alligator](#)

LOS 9 PRINCIPIOS

«Tócalo. Pasa los dedos. Despacio. Solo las yemas. Con calma. Pulgar y medio. Suave, suave, no lo vayas a torcer. Y es que la vaina, te digo, ya tiene sus años. Muchísimos. Y se ha puesto muy frágil. Frágil por los años y frágil por el clima. La humedad, por ejemplo. La humedad lo maltrata. Lo debilita. Lo pone quebradizo. Y por eso la tarea se me hace complicada. Difícil. Engorrosa. Pero igual me las arreglo. Cómo no: todo es cosa de práctica. Destreza. O maña, si quieres. Así que yo puedo hacerlo, y hacerlo muy bien, porque siempre me doy ese gusto. Ese lujo. Ese placer. Un placer desde que lo tocas. Con tocarlo nomás ya te relajas. Palpa su relieve. Tócalo, pálpalo, acarícialo. Se siente, ¿no? Se siente la diferencia. Ni hablar: es otra cosa. Otro material. Sin duda: no es como los otros. Ya no se hace, ya no se vende. Y la tinta... claro, eso también es importante. Le añade un toque. Una nota. Como un amargor. O picor. O acidez. O todo junto si acaso es posible. Y, luego, el sonido. Allí también hay una diferencia. Por supuesto, muchacho: tiene sonido. Eso que cruje. Crepita. Craquela. El papel retorciéndose bajo las llamas. Ahorita lo vas a escuchar: termino de armarlo y te lo pones en la oreja. Y, bueno, el caso es que sí: suena distinto. Suena, sabe y huele distinto. Y eso que solo hablamos del empaque. La cubierta. Continente, ¿comprendes? Y este continente resulta decisivo. Notorio. Fundamental. Este continente modifica el contenido. Porque, valgan verdades, el contenido, en realidad, no es ningún misterio. Tabaco nomás. Tabaco y listo. Pero, diablos, con este papel... ¿cómo dices? Ah, ni modo: prime-ro la leo. Siempre la leo. Antes de arrancarla, le doy una leída. Y la leo en inglés. Por supuesto, ¿no has visto la tapa? King James, ¿te das cuenta? Y además, ojo, la leo en voz alta. La recito. La declamo. La declamo y clamo... clamo al espíritu, ente, sustancia... fuerza, energía, como quieras... al mismo espíritu que poseyó el cuerpo y la mente del escriba. Clamo, ruego, suplico. Imploro por un poquito de... un poquito, una pizca, una gota... ¿perdón? Todavía.

Recién Deuteronomio. Sí, pues, ya casi acabé con el Pentateuco... Y el punto es que, así como te digo, se inicia la sesión. La jornada. O quizá la liturgia. Porque has de saber... ¿qué cosa? No, no son muchos. Unos cuantos. No puedo exagerar. Lo que pasa es que la vaina, si te fijas, es una reliquia: una King James del siglo diecisiete. No, Chipana, no es una Biblia cualquiera. Y por eso me mido, ¿comprendes? Debo ahorrar. Pan para mayo, pues, muchachito. Además, ya te dije, la cosa no es fácil. Toma su tiempo. Liarlos es mucho trabajo. Liarlos es un lío».

El alumno probó el cigarrillo que le ofreció su maestro y a duras penas toleró una pitada. Buscó atenuar el escozor en la boca —no sabía fumar: el humo no pasó de la úvula— con cierto brebaje de tono champán que, según comprobó al instante, no era champán. Todavía quedaba un tercio de la botella. Cuando se sirvió de nuevo —en un vaso descartable y translúcido— el profesor detalló, a medias, la composición de la bebida:

«Poesía china. Poemarios chinos impresos en papel de arroz. Hiervo el papel por unas horas y dejo añejar ese líquido por varios meses. Después, claro, lo mezclo con hierbas aromáticas. A veces me lo tomo puro, y a veces, como ahora, rebajo el alcohol con Canada Dry».

Chipana se fijó en las estanterías de melamine y, en una rápida mirada, contó apenas unos diez o doce volúmenes. Le sorprendió la escasez. Había escuchado en la cafetería de la universidad que aquellos anaqueles lucían repletos y exhibían tanto incunables como primeras ediciones. Recordó también cierto rumor que precisaba el origen de las valiosas antiguallas: el prontuario sentimental del maestro —

proverbial como su colección de libros— incluía dependientas muy jovencitas de la Biblioteca Nacional.

«Los he vendido casi todos. Casi: me quedé con unos cuantos. No, los tengo guardados. Nunca se sabe: se los pueden robar. Mucha gente viene por aquí. Mucha, mucha gente. Como tú, pues, mi estimado. Y por esa razón es que nunca los exhibo. Son imprescindibles, ¿entiendes? Imprescindibles y necesarios. Más que nada: vitales. Vitales: esa es la palabra. Pero también guardo adefesios, qué quieres que te diga. Tengo adefesios, bodrios, mamotretos. Y es que a veces, en las noches más crueles del invierno, debo construir una estufa medio artesanal con toda esa bazofia. Por ejemplo, los libracos de varios exalumnos que se zurraron olímpicamente sobre mis consejos. Quiera dios que no sea tu caso... Y todas, encima, son vulgares noveluchas. Eso: siempre novelas. Ni siquiera son capaces de hacer un cuentito miserable y se mandan de frente con una novela. Con eso debutan. Diablos, qué tal cuajo. Y en cambio yo, que fui su maestro, todavía no termino. No acabo de corregir, pulir, cribar... perfeccionar mi novela, ¿comprendes? Yo, que gané tantos concursos, todavía no me siento preparado para dar ese salto. Son palabras mayores, pues, Chipana. No es tan sencillo. Lo que pasa, mi estimado, es que se ha perdido por completo el sentido común. La lógica. Sí, no es más que pura lógica. Creo que ya lo dije... tal vez en una clase, no lo sé. ¿Te acuerdas o no? Más páginas, más trabajo. Más personajes, más trabajo. Más historias, más trabajo. Entiendes, ¿no? Y así que me lo tomo muy en serio. Por eso no termino todavía. Por eso continúo trabajando, duro y parejo, en una novela realmente fundamental. Y por eso me sacan de quicio todos esos petimetres. Palurdos. Imberbes. En fin, qué nos importa: ya la crítica los hará leña. Y recién entonces, me imagino, quizá

los ilusos... ¿perdón? Ah, pero, claro: lo has dicho muy bien. Ciertamente, mi estufa es un presagio de su porvenir».

El viejo profesor y su pupilo se hallaban sentados —en rigor, se balanceaban— sobre columnas de gordos y macizos tomos correspondientes a distintas enciclopedias. Además, a fin de compensar su asimetría, las cuatro patas de la mesa —la única mesa del departamento— se apoyaban en sendas novelitas de bolsillo. Por otra parte, pequeños diccionarios mantenían entreabiertas las puertas de la entrada, la cocina y el patio, para facilitar el tránsito de la mascota: un animal escuálido de pelaje multicolor jaspeado de llagas frescas.

«Heridas de guerra. Cruentas y largas batallas. Atroces batallas para defender su territorio. Sí, todas las noches. Y ya ni hablemos, por supuesto, de una frecuente actividad reproductiva. Frecuente, intensa, borrascosa. Como has de saber, las hembras venden muy cara su fecundidad. Y es que, ahí donde lo ves, mi Dandy es el semental del edificio. Peor: el semental de la cuadra. Y fíjate que justo anoche... ¿ah? Cierto, Chipana, no te falta razón: las mascotas se parecen a sus dueños».

Aquella tarde, luego de tocar el timbre y remontar nueve pisos en el ascensor —lento y enorme: parecía un montacargas—, Chipana tuvo que aguardar en el pasillo por largos minutos. Tras la puerta se oían insultos, golpes y lamentos. Cuando planeaba intervenir con heroísmo para evitar una posible desgracia, una mujer de treinta y tantos emergió con los pelos húmedos —teñidos de rubio— y pasó a su lado sin saludar. En vez de tomar el ascensor, deslizó sus bailarinas escaleras abajo.

Era la primera vez que Chipana visitaba ese departamento. El maestro no se había quitado el terno azul de rayas verdes —el clásico atuendo del salón de clase— pero ahora, en lugar de sus habituales mocasines, calzaba unas slaps. La camisa rebasaba el pantalón. La corbata floja pendulaba más allá de la bragueta. Un frondoso bisoñé castaño colgaba de una lámpara. Pese al bisoñé, todos en la universidad le calculaban un promedio de setenta.

«Al grano: me dijiste que traías un cuento. ¿Un relato? Dios mío, muchachito, ¿a mí con esas vainas? Cuento, relato, viñeta, nouvelle.... o crónica, si quieres. No, pues, Chipana, no me vengas con esas... no sé... fruslerías. Pequeñeces. Nimiedades. Más claro: cojudeces, disculpando la vulgaridad».

Palpando, nervioso, en el interior de su mochila, el joven alumno buscaba las hojas engrampadas que su anciano profesor revisaría muy pronto. Y el profesor, entretanto, preparaba diestramente un cigarrillo King James: no bien lo prendió, llevó el humeante cartucho hasta la oreja y compuso una mueca que Chipana interpretó como sonrisa.

«Antes de comenzar, podríamos tomarnos un cafecito. Sí, por supuesto, ¿cómo se te ocurre que...? Obvio, mi estimado: eso es lo que nunca faltará en esta casa. Me puede faltar de todo, pero nunca faltará café. Y café pasado, no de lata. Nunca faltará en esta humilde morada una buena taza de café pasado. No, jamás. Quiero decir: mientras la charapa no me abandone. La charapa, sí: ¿no acabas de...? Cómo, ¿no te la presenté? Disculpa: qué distraído, ¿no? Pero, bueno, el caso es que su padre, por esas cosas de la vida, se ocupa, justamente, del cultivo de café. No, no solo café. No solo café pero sobre todo café. Y